

PEDRO KROPOTKINE



El Apoyo Mutuo

CAPITULO SEXTO

LA AYUDA MUTUA
EN LA CIUDAD MEDIOEVAL
(CONTINUACION)



Colección: SOCIOLOGICA



Cuadernillos
INQUIETUD

PEDRO KROPOTKINE



EL APOYO MUTUO

CAPITULO SEXTO

LA AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIOEVAL

(CONTINUACION)



CUADERNILLOS ·INQUIETUD·

Nº 18

de Difusión Cultural

Colección: SOCIOLOGICA

Primera Edición

Dirección Postal
Cuadernillos "INQUIETUD"
Casilla N° 20
Tupiza - Bolivia

CAPITULO VI

LA AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIOEVAL

(Continuación)

Semejanzas y diferencias entre las ciudades medioevales.— Guildas de oficios: atributos del Estado en cada una de ellas.— Relaciones de la ciudad con los campesinos: tentativas de libertarlos. — Los señores feudales. — Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media: en el campo de las artes y en el campo de la instrucción.— Causas de la decadencia

LAS CIUDADES medioevales no estaban organizadas según un plano trazado de antemano por voluntad de algún legislador extraño a la población. Cada una de estas ciudades era fruto del crecimiento natural, en el sentido pleno de la palabra: era el resultado, en constante variación, de la lucha entre diferentes fuerzas, que se ajustaban mutuamente una y otra vez, de conformidad con la fuerza viva de cada una de ellas y también según las alternativas de la lucha y según el apoyo que hallaban en el medio que las circundaba. Debido a esto no se hallarán dos ciudades cuya organización interna y cuyo destino histórico fueran idénticos;

y cada una de ellas, tomada en particular, cambia su fisonomía de siglo en siglo. Sin embargo, si echamos un vistazo amplio sobre todas las ciudades de Europa, las diferencias locales y nacionales desaparecen y nos sorprendemos por la similitud asombrosa que existe entre todas ellas, a pesar de que cada una de ellas se desarrolló por sí misma, independientemente de las otras y en condiciones diferentes. Cualquiera pequeña ciudad del Norte de Escocia, poblada por trabajadores y pescadores pobres, o las ricas ciudades de Flandes, con su comercio mundial, con su lujo, amor a los placeres y con su vida animada; una ciudad italiana enri-

quecida por sus relaciones con Oriente y que elaboró dentro de sus muros un gusto artístico refinado y una civilización refinada, y, por último, una ciudad pobre, de la región pantanosolacustre de Rusia, dedicada principalmente a la agricultura, parecería que poco tienen de común entre sí. Y sin embargo, las líneas dominantes de su organización y el espíritu de que están impregnadas, asombran por su semejanza familiar.

Por doquier hallamos las mismas federaciones de pequeñas comunas o parroquias o gildas; los mismos "suburbios" alrededor de la "ciudad" madre; la misma asamblea popular; los mismos signos exteriores de independencia; el sello, el estandarte, etc. El protector (defensor) de la ciudad, bajo distintas denominaciones y distintos ropajes, representa a una misma autoridad defendiendo los mismos intereses; el abastecimiento de víveres, el trabajo, el comercio, están organizados en las mismas líneas generales; los conflictos interiores y exteriores nacen de los mismos motivos; más aun, las mismas consignas desplegadas durante estos conflictos y hasta las fórmulas utilizadas en los anales de

la ciudad, ordenanzas, documentos, son las mismas; y los monumentos arquitectónicos, ya sean de estilo gótico, romano o bizantino, expresan las mismas aspiraciones y los mismos ideales; estaban concebidos para expresar el mismo pensamiento y se construían del mismo modo. Muchas disimilitudes son simplemente el resultado de las diferencias de edad de dos ciudades, y esas disimilitudes entre ciudades de la misma región, por ejemplo, Pskof y Novgorod, Florencia y Roma, que tenían un carácter real, se repiten en distintas partes de Europa. La unidad de la idea dominante y las razones idénticas del nacimiento allanan las diferencias aparecidas como resultado del clima, de la posición geográfica, de la riqueza, del lenguaje y de la religión. He aquí por qué podemos hablar de la ciudad medioeval en general como de una fase plenamente definida de la civilización; y a pesar de que son de desear en grado superlativo las investigaciones que señalen las particularidades locales e individuales de las ciudades, podemos, no obstante, señalar los rasgos principales del desarrollo que eran comunes a todas ellas (241).

241 La literatura sobre el tema que tratamos es enorme. Pero, no existe todavía obra alguna que considere la ciudad medioeval en conjunto. Para las comunas francesas siguen siendo

No cabe duda alguna de que la protección que habitual y universalmente se acordaba al mercado, ya desde las primeras épocas bárbaras, desempeñó un papel importante, a pesar de no ser exclusivo, en la obra de la liberación de las ciudades medioevales. Los bárbaros del período antiguo no concebían el comercio dentro de sus comunas aldeanas; comerciaban solamente con los extranjeros, en ciertos lugares determinados y ciertos días fijados de antemano. Y para que el extranjero pudiera presentarse en el lugar de trueque, sin riesgo de ser muerto en

cualquier altercado sostenido por dos clanes, a causa de una venganza de sangre, el mercado se ponía siempre bajo la protección especial de todos los clanes. También era inviolable, como el lugar de veneración religiosa bajo cuya sombra se organizaba generalmente. Entre los kabilas, el mercado hasta ahora es anaya, lo mismo que el sendero por el cual las mujeres acarrear el agua de los pozos; no era posible aparecer armado en el mercado ni en el sendero, ni siquiera durante las guerras intertribales. En la época medioeval, el mercado gozaba por lo común exactamente de

clásicas hasta ahora las obras de Agustín Thierry, *Lettres y Considérations sur l'histoire de France*; un excelente complemento es el libro de Luchaire, *Communes françaises*, escrita en el mismo sentido. Para las ciudades de Italia pueden indicarse las siguientes: el excelente trabajo de Sismondi (*Histoire des républiques italiennes du moyen âge*, Paris, 1826, 16 tomos); Leo y Butta, *Historia de Italia*, de la que existe traducción francesa, (3 grandes tomos); Ferrari, *Révolutions d'Italie* y Hegel, *Geschichte der Städteverfassung in Italien*. Estas obras constituyen las fuentes principales de los testimonios comunes sobre las ciudades de Italia en general. Para Alemania tenemos Maurer, *Städteverfassung*, Barthold, *Geschichte des deutschen Städte*, y de las obras recientes, el excelente trabajo de Hegel, *Städte und Gilden der germanischen Völker* (2 tomos, Leipzig, 1891) y Dr. Otto Kallsen, *Die deutschen Städte, im Mittelalter* (2 tomos, Halle, 1891); y también Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes* (5 tomos, 1886). Esperamos que la última de las obras citadas por nosotros será traducida al ruso (la traducción francesa apareció en el año 1892). Para Bélgica se puede citar: A. Wanters, *Les libertés communales* (Brujas, 1869-78, 3 tomos), y para Rusia: los trabajos de Bielaief, Kostomarof y Sergievich. Finalmente, para Inglaterra, tenemos una excelente obra sobre las ciudades en la producción de la señora J. R. Green, *Town Life in the Fifteenth Century* (2 tomos, Londres, 1894). Además existe una gran cantidad de historias locales bien conocidas, y algunas excelentes obras sobre

cualquier altercado sostenido por la misma protección (242). La venganza tribal, nunca debía proseguirse hasta la plaza donde se reunía el pueblo con propósitos de comerciar, y, del mismo modo, en determinado radio alrededor de esta plaza; y si en la abigarrada multitud de vendedores y compradores se producía alguna riña, era menester someterla al examen de aquellos bajo cuya protección se encontraba el mercado, es decir al tribunal de la comuna, o al juez del obispado, del señor feudal o del rey. El extranjero que se presentara con fines comerciales

era huésped y hasta usaba este nombre; en el mercado era inviolable. Hasta el barón feudal que sin escrúpulos despojaba a los comerciantes en el camino real, trataba con respeto al *Weichbild*, la señal de la asamblea popular, es decir la pértiga que se elevaba en la plaza del mercado, en cuyo tope se hallaban las armas reales o un guante de caballero, o la imagen del santo local, o simplemente la cruz, según estuviera el mercado bajo la protección del rey, de la asamblea popular, viéche, o de la iglesia local (243).

Es fácil comprender de qué

historia general y económica, las que cito tan a menudo en el presente capítulo y en el anterior. La riqueza de la literatura se limita, sin embargo principalmente a investigaciones aisladas, a veces excelentes sobre la historia de ciudades aisladas, especialmente de las italianas y de las alemanas; o de las guildas, de la cuestión agraria, de los principios económicos de aquella época; luego de las uniones, ligas entre ciudades (Hansa, uniones de las ciudades italianas, uniones del Rhin, etc.), y por último, del arte comunal. Una increíble abundancia de noticias están contenidas en los trabajos de esta segunda categoría, de las cuales en la presente obra se citan sólo los más importantes. En general, sólo la extrema anormalidad de las condiciones de las universidades rusas puede explicar el que hasta ahora se haya prestado en ellas tan poca atención a este vasto campo de la vida de la humanidad.

242 Kulischer, en un excelente ensayo sobre el comercio primitivo (*Zeitschrift für Völkerpsychologie*, tomo X, 380), señala también que, según Herodoto, los argipeanos eran considerados inviolables debido a que, en su territorio, se realizaba el comercio, entre los escitas y las tribus del norte. En sus territorios se consideraba sagrado el fugitivo, y los vecinos a menudo los invitaban a ser sus árbitros (Véase apéndice).

243 Recientemente han surgido algunas discusiones sobre el *Weichbild* y hasta ahora permanecen sin resolver (Véase *Zöfll. Alterthum r des deutschen Reich und Rechts*, III, 29; Kallsen, I, 316). Las explicaciones antedichas me parecen las

modo el poder judicial propio, de la ciudad, pudo originarse en el poder judicial especial del mercado, cuando este poder fué cedido, de buen grado o no, a la ciudad misma. Es comprensible, también, que tal origen de las libertades urbanas, cuyas huellas se pueden seguir en muchos casos, imprimió su sello inevitablemente a su desarrollo ulterior. Dió el predominio a la parte comercial de la comuna. Los burgueses que poseían en aquellos tiempos una casa en la ciudad y que eran copropietarios de las tierras de ella, muy a menudo organizaban entonces una guilda comercial, la cual tenía en sus manos también el comercio de la ciudad, y a pesar de que al principio cada ciudadano, pobre o rico, podía ingresar en la guilda comercial, y hasta el comercio mismo era efectuado en interés de toda la

ciudad, por medio de sus apoderados, no obstante la guilda comercial se convirtió, paulatinamente, en un género de corporación privilegiada. Llena de celo, no admitió en sus filas a la población advenediza, que pronto comenzó a afluir a las ciudades libres y todas las ventajas derivadas del comercio las conservaban en beneficio de unas pocas "familias" (les familles, los staroyiby, viejos habitantes) que eran ciudadanos cuando la ciudad proclamó su independencia. De tal modo, evidentemente, amenazaba el peligro del surgimiento de una oligarquía comercial. Pero, ya en el siglo X, y aún más en los siglos XI y XII, los oficios principales también se organizaban en guildas, que en la mayoría de los casos podían limitar las tendencias oligárquicas de los comerciantes (244).

más verosímiles, pero naturalmente deben ser verificadas mediante ulteriores exámenes. Es evidente también que (empleando el término escocés) la mercet cross, es decir la "cruz del mercado" o "cruz del comercio", debió haber sido el emblema de la jurisdicción eclesiástica; pero la hallamos tanto en las ciudades episcopales como allí donde la asamblea popular era soberana.

244 Con respecto a todas las cuestiones relativas a la guilda comercial, véase la obra exhaustiva de Ch. Gross, *The Guild Merchant* (Oxford, 1890, 2 tomos) y también las notas de la señora de Green en *Town Life in the Fifteenth Century*, t. II, capítulo V, VIII, X; también el examen de esta cuestión hecho por A. Doren en *Forschungen*, t. XII, de Schmoller. Si las consideraciones indicadas en el capítulo precedente (según las cuales el comercio al principio era comunal) son correctas, entonces está permitido enunciar la hipótesis de que la guilda

La guilda de artesanos de aquellos tiempos, generalmente, vendía por sí misma los productos que sus miembros elaboraban y compraban en común las materias primas para ellos, y de este modo sus miembros eran al mismo tiempo tanto comerciantes como artesanos. Debido a esto, el predominio alcanzado por las viejas guildas de artesanos desde el principio mismo de la vida libre de las ciudades, dió al trabajo del artesano aquella elevada posición que ocupó posteriormente en la ciudad. En realidad, en la ciudad medioeval, el trabajo del artesano no era signo de posición social inferior; por lo contrario, no sólo conservaba huellas del profundo respeto con que se le trataba antes, en la comuna aldeana, sino que el rápido desarrollo de la habilidad artística, en la producción de todos los oficios: de la joyería, del tejido,

de la cantería, de la arquitectura, etc., hacía que todos los que estaban en el poder, en las repúblicas libres de aquella época, trataran con profundo respeto personal al artesano-artista.

En general, el trabajo manual se consideraba en los "misterios (artiell, guildas) medioevales como un deber piadoso hacia los conciudadanos, como una función (Amt) social, tan honorable como cualquier otra. La idea de "justicia" con respecto a la comuna y de "verdad" con respecto al productor y al consumidor, que nos parecería tan extraña en nuestra época, entonces impregnaba todo el proceso de producción y trueque. El trabajo del curtidor, calderero, zapatero, debía ser "justo", concienzudo, escribían entonces. La madera, el cuero o los hilos utilizados por los artesanos, debían ser "honestos";

mercantil era una corporación a la que se confiaba la realización del comercio en interés de la ciudad entera; y sólo paulatinamente se transformó esta corporación en una guilda de mercaderes que comerciaba en su propio beneficio. Al mismo tiempo, los comerciantes aventureros (merchant adventurers) de Inglaterra, los povólniki (comerciantes y colonizadores libres) de Novgorod, y los mercati personati (comerciantes personales) de las ciudades italianas, aparecerían ante tal explicación como personas a las que se les había permitido abrir a su propio riesgo nuevos mercados en Oriente y nuevas ramas de comercio para su beneficio personal. En general, se debe observar que el origen de la ciudad medioeval no puede ser atribuido a un determinado factor aislado. Fue el resultado de varias fuerzas que actuaban en diferentes grados y las cuales hemos indicado.

el pan debía ser amasado "a conciencia", etc. Transportado este lenguaje a nuestra vida moderna, aparecerá artificioso y afectado; pero entonces era completamente natural y estaba desprovisto de toda afectación, puesto que el artesano medioeval no producía para un comprador que no conocía, no arrojaba sus mercaderías en un mercado desconocido; antes que nada producía para su propia guilda, que al principio vendía ella misma, en su cámara de tejedores, de cerrajeros, etc., la mercadería elaborada por los hermanos de la guilda; para una hermandad de hombres en la que todos se conocían, en la que todos conocían la técnica del oficio y al establecer el precio al producto, cada uno podía apreciar la habilidad puesta en la producción de un objeto determinado y el trabajo empleado en él. Además, no era un productor aislado que ofrecía a la comuna la mercadería para la compra, la ofrecía la guilda; la comuna misma, a su vez, ofrecía a la hermandad de las comunas confederadas aquellas mercancías que eran exportadas por ella y por cuya calidad respondía ante ellas.

Con tal organización, para ca-

da oficio era cuestión de amor propio no ofrecer mercancías de calidad inferior; los defectos técnicos de la mercancía o adulteraciones afectaban a toda la comuna, pues, según las palabras de una ordenanza, "destruyen la confianza pública" (245). De tal modo, la producción era un deber social y estaba puesta bajo el control de toda la amitás—de toda la hermandad— debido a lo cual el trabajo manual, mientras existieron las ciudades libres, no podía descender a la posición inferior a la cual, a menudo, llega ahora.

La diferencia entre el maestro y el aprendiz, o entre el maestro y el medio oficial (*compayne, Geselle*) ha existido ya desde la época misma del establecimiento de las ciudades medioevales libres; pero al principio esta diferencia era sólo diferencia de edad y de grado de habilidad y no de autoridad y riqueza. Después de haber estado siete años como aprendiz y de haber demostrado su conocimiento y capacidad en un determinado oficio por medio de una obra hecha especialmente, el aprendiz se convertía en maestro a su vez. Y solamente bastante más tarde, en el siglo XVI, cuando la autoridad real

245 Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes*, I, 315; Gramich, Würzburg; y en general cualquier colección de ordenanzas.

ya había destruido la organización de la ciudad y de los artesanos, se podía llegar a maestro simplemente por herencia o en virtud de la riqueza. Pero ésta ya era la época de la decadencia general de la industria y del arte de la Edad Media.

En el primer período, floreciente, de las ciudades medioevales no había en ellas mucho lugar para el trabajo alquilado y para los alquiladores individuales. El trabajo de los tejedores, armeros, herreros, panaderos, etc., efectuábase para la guilda y la ciudad; y cuando en los oficios de la construcción se alquilaban artesanos extraños, éstos trabajaban como corporación temporal (como se observa también en la época presente en los *artiel* rusos) cuyo trabajo se pagaba a todo el *artiel*, en bloque. El trabajo para un patrón individual empezó a extenderse más tarde; pero también en estas circunstancias se pagaba al trabajador mejor de lo que se paga ahora, aún en Inglaterra, y considerablemente mejor de

lo que se pagaba comúnmente en toda Europa, en la primera mitad del siglo XIX. Thorold Rogers hizo conocer este hecho en grado suficiente, a los lectores ingleses (246); pero es menester decir lo mismo de la Europa continental, como lo demuestran las investigaciones de Falke y Schonberg, y también muchas indicaciones ocasionales. Aún en el siglo XV, el albañil, carpintero o herrero, recibía en Amiens un salario diario a razón de cuatro *sols*, que correspondían a 48 libras de pan o a una octava parte de un buey pequeño (*bouvard*). En Sajonia, el salario de un *Geselle* (medio oficial) en el oficio de la construcción era tal que, expresándonos con las palabras de Falke, el obrero podía comprar con su sueldo de seis días, tres ovejas y un par de botas (247). Las ofrendas de los obreros (*Geselle*) en los distintos templos son también testimonios de su relativo bienestar, sin hablar ya de las ofrendas suntuosas de algu-

246 Thorold Rogers, *Six centuries of Wages, y The Economical Interpretation of History*.

247 Falke, *Geschichtliche Statistik*, I, 373-393 y II, 66 citado en *Geschichte*, de Janssen, I, 399; J. D. Blavignac en *Comptes et dépenses de la construction du clocher de Saint Nicolas a Fribourg en Suisse*, llega a una conclusión semejante. Para Amiens, véase De Calonne, *Vie Municipale*, pág. 99 y apéndice. Para la apreciación completa y para la representación gráfica del salario medioeval en Inglaterra, con traducción al valor del pan y de la carne, véase el excelente artículo y la tabla de cubvas de G. Steffen en la revista *Nineteenth Century*, año 1891.

nas gildas de artesanos y de sus gastos para las festividades y sus procesiones pomposas (248). Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medioevales, tanto más nos convencemos que nunca el trabajo ha sido tan bien pagado y ha gozado del respeto general como en la época en que la vida de las ciudades libres se hallaba en su punto máximo de desarrollo. Más aún. No sólo muchas aspiraciones de nuestros radicales modernos habían sido realizadas ya en la Edad Media, sino que hasta mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo completamente natural. Se burlan de nosotros cuando decimos que el trabajo debe ser agradable, pero, según las palabras de la ordenanza de la Edad Media de Kuttenberg, "cada uno debe hallar placer en su trabajo y nadie debe, pasando el tiempo en holganza (mit nichts thun), apropiarse de lo que ha sido produ-

cido con la aplicación y el trabajo ajeno, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y del trabajo" (249). Y entre todas las charlas modernas sobre la jornada de ocho horas de trabajo, no sería inoportuno recordar la ordenanza de Fernando I, relativa a las minas imperiales de carbón; según esta ordenanza, se establece la jornada de trabajo del minero en ocho horas "como se ha hecho desde antiguo" (wie vor Alters herkommen), y que estaba completamente prohibido trabajar después del mediodía del sábado. Una jornada de trabajo más larga era muy rara, dice Janssen, mientras que se daban con bastante frecuencia las más cortas. Según las palabras de Rogers, en Inglaterra, en el siglo XV, "los trabajadores trabajaban solamente 48 horas por semana" (250). El semiferiado del sábado, que consideramos una conquista moderna, en realidad era

y su Studier ofver lonsystemets historia i England, Estocolmo, 1895.

248 Para traer aunque sea un caso de los muchos que se encuentran en las obras de Schonberg y Falke, citaré, por ejemplo, que 16 trabajadores zapateros (Schusterknechte) de la ciudad de Xantem Rhin, ofrecieron para la erección de un retablo y de un altar en la iglesia 75 gulden por subscripción y 12 gulden de la caja común, y el valor del dinero entonces, según las investigaciones más fidedignas, sobrepasaban en diez veces su valor actual.

249 Transcrito por Janssen. l. c., I, 343.

250 Thorold Rogers, The Economical Interpretation of History, Londres, 1891, página 303.

una antigua institución medioeval; era ese el día de baño de una parte considerable de los miembros de la comuna, y los jueves después del mediodía lo era para los medio oficiales (Geselle) (251). Y a pesar de que en aquella época no existían aún los comedores escolares —probablemente porque no enviaban hambrientos los niños a la escuela— se había establecido en diversas ciudades el distribuir dinero a los niños para el baño, si este gasto constituía una carga para sus padres.

En cuanto a los congresos de trabajadores, eran un fenómeno corriente en la Edad Media. En algunas partes de Alemania, los artesanos de un mismo oficio, pero que pertenecían a diferentes comunas, generalmente se reunían todos los años para resolver las cuestiones relativas a

su oficio, para determinar el plazo de aprendizaje, el salario, la condición del viaje por su país, que se consideraba entonces obligatorio para todo trabajador que había terminado su aprendizaje, etc. En el año 1572, las ciudades que pertenecían a la liga hanséatica formalmente reconocían a los artesanos el derecho de reunirse periódicamente en asamblea y adoptar cualquier género de resoluciones, siempre que estas últimas no se opusieran a las ordenanzas de las ciudades, que determinaban la calidad de las mercancías. Es sabido que tales congresos de trabajadores, en parte internacionales (como la misma Hansa), eran convocados por los paraderos, fundidores, curtidores, herreros, espaderos, toneleros (252).

La organización de las guil-

251 Janssen, l. c. Véase también Dr. Alwin Schultz, *Deutsches Leben im XIV. und XV. Jahrhundert*, edición popular, Wien, 1892, pág. 67 y siguientes. En París, la duración de la jornada de trabajo era de siete a ocho horas, en invierno, y hasta catorce horas en verano, en ciertos oficios; en otros era de ocho a nueve horas en invierno y de diez a doce en verano. Los sábados y los otros veinticinco días (jours de commua de vile, foire) todos los trabajos terminaban a las cuatro p. m. Y los domingos y otros treinta días feriados no se trabajaba nada. En general, se concluye que el trabajador de la Edad Media trabajaba menos que el trabajador moderno. (E. Martin Saint León, *Histoire des corporations*, pág. 121).

252 W. Stieda, *Hansische Vereinbarungen über städtisches Gewerbe im XIV. und XV. Jahrhundert* en *Hansische Geschichtsblätter*, Jahrgang, 1886, pág. 121; Schonberg, *Wirtschaftliche Bedeutung der Zünfte*; y también en parte Roscher.

das requería, naturalmente, una supervisión cuidadosa de ellas sobre los artesanos, y para este fin se designaban jurados especiales. Es notable, sin embargo, el hecho de que mientras las ciudades llevaban una vida libre, no se oían quejas sobre supervisión; mientras que cuando el Estado intervino y confiscó la propiedad de las gildas y violó su independencia en beneficio de su propia burocracia, las quejas se hicieron simplemente innumerables (253). Por otra parte, el enorme progreso en el campo de todas las artes, alcanzado bajo el sistema de la gilda medioeval, es la mejor demostración de que este sistema no era un obstáculo para el desarrollo de la iniciativa personal (254). El hecho es que la gilda medioeval, como la parroquia medioeval, la *ulitsa* o el

konlets, no era una corporación de ciudadanos puestos bajo el control de los funcionarios del Estado; era una confederación de todos los hombres unidos para una determinada producción y en su composición entraban compradores jurados de materias primas, vendedores de mercancías manufacturadas, y maestros artesanos, medio oficiales, *compaynes* y aprendices. Para la organización interna de una determinada producción, la asamblea de todas estas personas era soberana, mientras no afectara a las otras gildas, en cuyo caso el asunto se sometía a la consideración de la gilda de las gildas, es decir de la ciudad. Aparte de las funciones recién indicadas, la gilda representaba aún algo más. Tenía su jurisdicción propia, es decir el derecho propio de justicia en sus

253 Véanse las observaciones, profundamente sentidas de Toulmin Smith sobre el despojo de las gildas por los reyes, en la introducción de la señora Smith a *English Guilds*. En Francia inicióse análogo despojo y destrucción de la jurisdicción propia de la gilda en el año 1382 (Fagnier, l. c. pág. 52-54).

254 Adam Smith y sus contemporáneos sabían bien qué era precisamente lo que condenaban cuando escribían contra la intromisión del Estado en el comercio y contra los monopolios comerciales creados por el Estado. Por desgracia, sus continuadores, con una superficialidad deplorable, mezclaron en un mismo montón las gildas medioevales y la intromisión del Estado, sin hacer distinción entre el edicto de Versalles y la ordenanza de una gilda. Apenas es necesario decir que los economistas que han estudiado seriamente esta materia, como Schomburg (el redactor del bien conocido curso de *Economía Política*), nunca cayeron en semejante error. Pero, hasta épocas muy recientes, las disputas difusas del tipo arriba indicado pa-

asuntos, y su propia fuerza armada; tenía sus asambleas generales o *viéche*, propias tradiciones de lucha, gloria e independencia, y sus relaciones propias con las otras gildas del mismo oficio u ocupación de otras ciudades. En una palabra, llevaba una vida orgánica plena, que provenía de que abrazaba en su conjunto la vida toda de esta unión. Cuando la ciudad era convocada a las urnas, la gilda marchaba como una compañía separada (Schaar), equipada con las armas que le pertenecían (y en una época más avanzada, con sus cañones propios, adornados amorosamente por la gilda) bajo el mando de los jefes elegidos por ella misma. En una palabra, la gilda era la misma unidad independiente, era la federación, como lo era la república de Uri o Ginebra, cincuenta años atrás, en la confederación suiza. Por esta razón, comparar las gildas con los sindicatos modernos o las uniones profesionales, despojados de todos los atributos de la soberanía del Estado y reducidos al cumplimiento de dos o tres funciones secundarias, es tan irrazonable como comparar Florencia o Brujas con cualquier comuna aldeana francesa que arrastra una vida desgraciada, bajo la opresión del prefecto y del código napoleónico, o con una ciudad

rusa administrada según las ordenanzas municipales de Catalina II. La aldehuela francesa y la ciudad rusa tienen también su alcalde electo, como lo tenían Florencia y Brujas, y la ciudad rusa hasta tenía las corporaciones de aduanas; pero la diferencia entre ellos es toda la diferencia que existe entre Florencia, por una parte, y cualquier aldehuela de Fontenay-les Oises, en Francia, o Tsarevokokshaisk, por otra; o bien entre el *dux* veneciano y el alcalde de aldea moderno, que se inclina ante el escribiente del señor subprefecto.

Las gildas de la Edad Media estaban en condición de sostener su independencia; y cuando más tarde, especialmente en el siglo catorce, debido a varias razones que indicaremos en seguida, la antigua vida de la ciudad empezó a sufrir profundos cambios, entonces los oficios más jóvenes demostraron ser lo bastante fuertes para conquistarse, a su vez, la parte que les correspondía en la dirección de los asuntos de la ciudad. Las masas organizadas en gildas "menores" se rebelaron para arrancar el poder de manos de la oligarquía creciente, y en la mayoría de los casos obtuvieron éxito, y entonces abrieron una nueva era de florecimiento de

las ciudades libres. Verdad es que, en algunas ciudades, la rebelión de las gildas menores fué ahogada en sangre, y entonces se decapitó sin piedad a los trabajadores, como sucedió en el año 1306 en París y en 1371 en Colonia. En esos casos, las libertades urbanas, después de tales derrotas se encaminaron hacia la decadencia, y la ciudad cayó bajo el yugo del poder central. Pero en la mayoría de las ciudades existían fuerzas vitales suficientes como para salir de la lucha renovadas y con energías nuevas. Un nuevo período de renovación juvenil fué

entonces su recompensa. Se inundó a las ciudades una ola de vida nueva, que halló también su expresión en magníficos monumentos arquitectónicos nuevos y en un nuevo período de prosperidad, en el progreso repentino de la técnica y de los inventos, y en el nuevo movimiento intelectual que condujo pronto a la época del Renacimiento y de la Reforma (255).

La vida de la ciudad medioeval era una serie completa de luchas que tenían que librar los burgueses para obtener la libertad y conservarla. Verdad es

255 En Florencia, las siete "artes menores" hicieron su revolución en los años 1270-82, y la descripción detallada de sus resultados se puede hallar en la obra de Perrers (*Histoire de Florence*, París, 1877, 3 tomos), y en especial en el trabajo de Gro Cappi, *Storia della Repubblica di Firenze*, 2ª edición, 1876 I, 58-80 (traducida al alemán); en Lyon, al contrario, cuando en el año 1402, se inició un movimiento igual, fué sofocado y los artesanos perdieron el derecho a elegir sus propios jueces. En Rostock, un movimiento similar se originó en el año 1313; en Zurich en 1336; en Berra en 1363; en Braunschweig en 1374 y en el año siguiente en Hamburgo; en Lübeck en 1376-84, etc. Véase, Schmoller, *Strassburg zur Zeit der Zunftkämpfe*, y su *Strassburg's Blüthe*; Brentano *Arbeitergilden der Gegenwart*, 2 tomos, Leipzig, 1871-72; E. Bain, *Merchant and Craft Guilds*, Aberdeen, 1887, página 26-47, 75 etc. En cuanto a las opiniones de Gross sobre la misma lucha en Inglaterra, véase las observaciones de la señora de Green en su *Town Life in the Fifteenth Century*, II, 190-217; y también el capítulo sobre la cuestión obrera, y en general todo este volumen, extraordinariamente interesante, de la obra citada. Las opiniones de Brentano sobre la lucha de los artesanos, expuestas preferentemente en los párrafos III y IV de su ensayo *Sobre la historia y desarrollo de las gildas en English Guilds* de Toynbee Smith, siguen siendo clásicas para esta cuestión; las búsquedas posteriores las confirmaron una y otra vez.

que durante esta dura lucha se desarrolló la raza de los ciudadanos, fuerte y tenaz; verdad es que esta lucha creó el amor y la adoración por la ciudad natal y que los grandes hechos realizados por las comunas medioevales estaban inspirados precisamente por este amor. Pero los sacrificios que tuvieron que hacer las comunas en las luchas por la libertad eran, sin embargo, muy duros, y la lucha sostenida por las comunas introdujo fuentes de profundas disensiones en su vida interior misma. Muy pocas ciudades consiguieron gracias al concurso de circunstancias favorables, alcanzar la libertad inmediatamente, y en la mayoría de los casos la perdieron con la misma facilidad. La enorme mayoría de las ciudades hubo de luchar durante cincuenta y cien años, y a veces más, para alcanzar el primer reconocimiento de sus derechos a una vida libre, y otro siglo más, antes de que consiguieran afirmar su libertad sobre una base sólida: las Cartas del siglo XII fueron solamente los primeros pasos hacia la libertad (256). En realidad, la ciudad medioeval era

un oasis fortificado en un país hundido en la sumisión feudal, y tuvo que afirmar con la fuerza de las armas su derecho a la vida.

Debido a las razones expuestas brevemente en el capítulo que precede, toda comuna aldeana cayó gradualmente bajo el yugo de algún señor laico o clérigo. La casa de tal señor poco a poco se transformó en castillo, y sus hermanos de armas se convirtieron entonces en la peor clase de vagabundos mercenarios, siempre dispuestos a despojar a los campesinos. A más de la *bárschina*, es decir de los tres días semanales que los campesinos debían trabajar para el señor, imponíanles ahora todo género de contribuciones por todo: por el derecho de sembrar y cosechar, por el derecho de estar triste o de alegrarse, por el derecho de vivir, casarse y morir. Pero lo peor de todo era que constantemente los despojaban los hombres armados que pertenecían a las mesnadas de los terratenientes feudales vecinos, quienes miraban a los campesinos como si fueran familiares

256 C. to sólo un ejemplo: Cambrai realizó su primera revolución en el año 907 y después de tres o cuatro nuevas revueltas obtuvo la Carta en el año 1076. Esta Carta fué retirada dos veces (en 1107 y 1138) y dos veces fué concedida nuevamente (en 1127 y 1180). En general, hubo que luchar 223 años antes de que fué conquistada la independendencia. Lyon tuvo que luchar desde el año 1195 hasta 1320. Y así en todas partes.

del señor, y por ello, si estallaba entre sus señores una guerra tribal por venganza de sangre, ejercían su venganza sobre sus campesinos, sus ganados y sus sembrados. Además, todos los prados, todos los campos, todos los ríos y caminos, todo alrededor de la ciudad y todo hombre asentado sobre la tierra, estaban bajo la autoridad de algún señor feudal.

El odio de los burgueses contra los terratenientes feudales halló una expresión muy precisa en algunas Cartas que obligaron a firmar a sus ex-señores. Enrique V, por ejemplo, debió firmar en la Carta acordada a la ciudad de Speier en el año 1111 que horroraba a los burgueses de "la ley horrible e indigna de la posesión de manomuerta, por la cual la ciudad fué llevada a la miseria más profunda (von dem Scheusslichen und nichtswürdigen Gesetze, welches gemein Budei genannt wird... Kallsen. T. I. 397). En la coutume, es decir ordenanza de la ciudad de Bayona, existen tales líneas: "El pueblo es anterior al señor. El pueblo, que sobrepasa por su número a las otras clases, deseando la paz, creó a los señores para frenar y reprimir a los poderosos", etc. (Giry, Etablis-

ments de Rouen, t. I., 117, citado por Luchaire, pág. 24). Una carta sometida a la firma del rey Roberto no es menos característica. Lo obligaron a decir en ella: "No robaré bueyes ni otros animales. No me apoderaré de los comerciantes ni les quitaré su dinero, ni les impondré rescate. Desde la Anunciación hasta el día de Todos los Santos no me apoderaré, en los prados, de caballos, yeguas ni potros. No incendiaré los molinos y no robaré la harina... No prestaré protección a los ladrones", etc. (Pfister publicó este documento, reproducido también por Luchaire). La carta "otorgada" por el obispo de Besançon, Hugues, a la ciudad que se había rebelado contra él, en la cual debió enumerar todas las calamidades causadas por sus derechos a la posesión feudal, no es menos característica (257). Se podrían citar muchos otros ejemplos.

Conservar la libertad entre la arbitrariedad de los barones feudales que las rodeaban hubiera sido imposible, y por esto las ciudades libres se vieron obligadas a iniciar una guerra fuera de sus muros. Los burgueses comenzaron a enviar sus hombres

257 Véase Tuetey. Etudes sur le droit Municipal... en Franche-Comté en Memires de la Société d'émulation de Montebéliard, 2^a serie, tomo II, 129 y siguientes.

para levantar a las aldeas contra los terratenientes y dirigir la insurrección; aceptaron a las aldeas en la organización de sus corporaciones; y por último iniciaron la guerra directa contra la nobleza. En Italia, donde la tierra estaba densamente poblada de castillos feudales, la guerra asumió proporciones heroicas y era librada por ambas partes con extrema dureza. Florencia tuvo que sostener durante setenta y siete años enteros guerras sangrientas para liberar su contado (es decir su provincia) de los nobles; pero, cuando la lucha se terminó victoriosamente (en el año 1181), hubo que empezar de nuevo. La nobleza reunió sus fuerzas y formó sus propias ligas en contraposición a las ligas de las ciudades, y recibió el apoyo creciente ya sea de parte del emperador, o del papa, y prolongó la guerra aún 130 años más. Lo mismo sucedió en la región de Roma, en Lombardía, en la región de Génova, por toda Italia.

Prodigios de valor, audacia y tenacidad fueron realizados por los burgueses durante estas guerras. Pero el arco y las seguras de guerra de los artesanos de las ciudades no siempre se impusieron a los caballeros vestidos de armaduras, y muchos castillos resistieron el ase-

dio con éxito, a pesar de las ingeniosas máquinas agresivas y la tenacidad de los burgueses que los sitiaban. Algunas ciudades, como por ejemplo Florencia, Bolonia, y muchas otras en Francia, Alemania y Bohemia, consiguieron liberar a las aldeas que las rodeaban, y la recompensa de sus esfuerzos fué una notable prosperidad y tranquilidad. Pero aun en estas ciudades, y más aun en las ciudades menos poderosas o menos emprendedoras, los comerciantes y los artesanos, agotados por la guerra y comprendiendo falsamente sus propios intereses, concertaron la paz con los barones, vendiéndoles, por así decirlo, los campesinos. Obligaron al barón a prestar juramento de lealtad a la ciudad; su castillo fué derribado hasta los cimientos y él dió su conformidad para construir una casa y vivir en la ciudad, donde se convirtió entonces en concitadano (com-bourgeois, concittadino), pero en cambio conservó la mayoría de sus derechos sobre los campesinos, quienes de tal modo recibieron sólo un alivio parcial de la carga servil que pesaba sobre ellos. Los burgueses no comprendieron que les era menester dar iguales derechos de ciudadanía al campesino, en quien tenían que confiar en materia de aprovisionamiento de productos alimenticios para la ciudad; y debido a

esta incomprensión entre la ciudad y la aldea se abrió entre ellos desde entonces un profundo abismo. En algunas ocasiones, los campesinos solamente cambiaron de señores, puesto que la ciudad compraba los derechos al barón y los vendía en parte a sus propios ciudadanos (253). La servidumbre se mantuvo de tal modo; y sólo considerablemente más tarde, al final del siglo trece, la revolución de los oficios menores le puso fin; pero, habiendo destruído la servidumbre personal, esta revolución, al mismo tiempo, quitaba no pocas veces al campesino sus tierras (259). Apenas es necesario agregar que las ciudades sintieron pronto en carne propia las consecuencias fatales de tal política míope: la aldea se convirtió en enemiga de la ciudad.

La guerra contra los castillos tuvo todavía una consecuencia perniciosa más: arrojó a las ciudades a guerras prolongadas,

lo que permitió que se formara entre los historiadores la teoría que estuvo en boga hasta tiempos recientes, y según la cual las ciudades perdieron su libertad debido a la envidia recíproca y a la lucha entre sí. Sostenían esta teoría especialmente los historiadores imperialistas, pero fué sacudida fuertemente por las recientes investigaciones. Es indudable que en Italia las ciudades lucharon entre sí con animosidad obstinada; pero en ninguna parte, fuera de Italia, adquirieron tales proporciones las guerras intestinas de las ciudades; y, en la misma Italia, las guerras urbanas, especialmente en el período antiguo, tuvieron sus causas especiales. Fueron (como lo han demostrado ya Sismondi y Ferrari) la prolongación de la lucha contra los castillos, la prolongación inevitable de la lucha del principio del municipio libre y federativo en contra del feudalismo, del imperialismo y del papado, es decir en contra de los

253 Según parece, esto sucedía a menudo en Italia. En Suiza, Berna llegó hasta comprar las ciudades de Thun y Burgdorf.

259 Así por lo menos se produjo en las ciudades de Toscana (Florencia, Lucca, Siena, Bologná, etc.), de las cuales han sido mejor estudiadas las relaciones entre las ciudades y los campesinos. (Véase Luchitsky, "La esclavitud y los esclavos rusos en Florencia", en Informe de la Universidad de Kief, del año 1885; para esta obra Luchitsky utilizó la obra de Rumohr, *Ursprung der Besitzverhältnisse der Colonien in Toscana*, 1830). Pero, en general, toda la cuestión de las relaciones entre las ciudades y los campesinos exige un estudio más cuidadoso.

guardaba la mitad de sus fondos de guerra en Génova y la otra mitad en Venecia (262). En Toscana, Florencia encabezaba otra liga poderosa, la de Toscana, a la que pertenecían Lucca, Bologna, Pistoia y otras ciudades, y la cual desempeñó un papel importante en la derrota de la nobleza de Italia central. Ligas más reducidas eran en aquella misma época el fenómeno más corriente. De tal modo, es indudable que a pesar de que existía rivalidad entre las ciudades, y no era difícil sembrar la discordia entre ellas, esta rivalidad no impedía a las ciudades unirse para la defensa común de su libertad. Solamente más tarde, cuando cada una de las ciudades se convirtió en un pequeño Estado, empezaron entre ellas las guerras, como sucede siempre que los Estados comienzan a luchar entre sí por el predominio o por las colonias.

Ligas semejantes se formaron, con el mismo fin, en Alemania. Cuando, bajo los herederos de Conrado, el país se convirtió en un campo de interminables guerras de venganza en-

tre los barones, las ciudades de Westfalia formaron una liga contra los caballeros, y uno de los puntos del pacto era la obligación de no dar nunca préstamo de dinero al caballero que continuara ocultando mercancías robadas (263). En los tiempos en que "los caballeros y la nobleza vivían de la rapiña y mataban a quienes querían", como dice la queja de Worms (*Wormser Zorn*), las ciudades del Rhin (Mainz, Colonia, Speier, Strassbourg y Basel) tomaron la iniciativa de formar una liga para perseguir a los saqueadores y mantener la paz; pronto contó con sesenta ciudades que habían ingresado en la alianza. Más tarde, la liga de las ciudades de Suabia, dividida en tres "círculos de paz" (Augsburg, Constanza y Ulm) perseguía el mismo objeto. Y a pesar de que estas alianzas fueron rotas (264), se prolongaron el tiempo suficiente como para demostrar que mientras los pretendidos pacificadores —los reyes, emperadores y la iglesia— fomentaban la discordia, y ellos mismos eran impotentes contra los rapaces caballeros, el impulso para el

262 Ferrari, II, 18, 104, y siguientes; Leo y Bota, I, 432.

263 John Falke. *Die Hansa als Deutsche See- und Handelsmacht*. Berlín, 1863, página 31, 35.

264 Respecto a Aquisgrán y Colonia, existen indicios directos de que no fueron sino los obispos de estas dos ciudades —uno de ellos "sobornado" por los enemigos— quienes abrieron las puertas de la ciudad.

establecimiento de la paz y la unión provino de las ciudades. Las ciudades —y no los emperadores— fueron los verdaderos creadores de la unión nacional (265).

Alianzas similares, mejor dicho federaciones, con fines semejantes, se organizaron también entre las aldeas y ahora que Luchaire ha llamado la atención sobre este fenómeno es de esperar que pronto conoceremos más detalles de estas federaciones. Sabemos que las aldeas se unieron en pequeñas ligas en el distrito (condado) de Florencia; también en los distritos sometidos a Novgorod y Pskof. En cuanto a Francia, existe el testimonio positivo de la federación de diecisiete aldeas campesinas que ha existido en el Laonnais durante casi cien años (hasta el año 1256) y que ha luchado obstinadamente por su independencia. Además, en las vecindades de la ciudad de Laon existían tres repúblicas campesinas que tenían cartas juradas, según

el modelo de la Carta de Laon y Soissons, y como sus tierras lindaban, se apoyaban mutuamente en sus guerras de liberación. En general, Luchaire opina que muchas de tales uniones se formaron en Francia en los siglos XII y XIII, pero en la mayoría de los casos se han perdido las noticias documentales sobre ellas. Naturalmente, no estando protegidas por muros, como las ciudades, las uniones aldeanas fueron fácilmente destruidas por los reyes y barones, pero bajo algunas condiciones favorables, cuando hallaron apoyo en las uniones de las ciudades, o protección en sus montañas, semejantes repúblicas campesinas se hicieron independientes, como ocurrió en la Confederación Suiza (266).

En cuanto a las uniones concertadas por las ciudades con fines especiales, eran un fenómeno muy corriente. Las relaciones establecidas en el período de liberación, cuando las ciudades se copiaban mutuamente

265 Véanse los hechos (aunque no siempre acompañados por conclusiones correctas en Nitzsch, III, 133 y siguientes; también Kalssen, I, 458; etc.

266 Sobre la Comuna del Laonnais que, hasta las investigaciones de Melleville (*Histoire de la Commune de Laonnais*, París, 1853) era confundida con la comuna de la ciudad de Laon, véase Luchaire, pág. 75 y siguientes. Sobre las antiguas gildas campesinas y las uniones siguientes, véase R. Willman, *Die ländlichen Schutzgilden Westphalens in Zeitschrift für Kulturgeschichte*, III 249.

las cartas, no se interrumpieron posteriormente. A veces, cuando los *scabini* de cualquier ciudad alemana debían pronunciar una sentencia, en un caso para ellos nuevo y complejo, y declaraban que no podían hallar la resolución (*des Urtheiles nicht welst zu sein*), enviaban delegados a otra ciudad con el fin de buscar una solución oportuna. Lo mismo sucedía también en Francia (267). Sabemos también que Forth y Ravenna naturalizaban recíprocamente a sus ciudadanos y les daban plenos derechos en ambas ciudades.

Someter una disputa surgida entre dos ciudades, o dentro de la ciudad, a la resolución de otra comuna, a la que invitaban a actuar en calidad de árbitro, estaba también en el espíritu de la época (268). En cuanto a los pactos comerciales entre las ciudades, eran cosa muy corriente (269). Las uniones para la regulación de la producción y la determinación del volumen de los toneles utilizados en el comercio de vinos, las "uniones de los arenqueros", etc., fueron precur-

sos de la gran federación comercial de la Hansa flamenca, y, más tarde, de la gran Hansa germánica del Norte, en la cual ingresaron la soberana Novgorod y algunas ciudades polacas. La historia de estas dos vastas uniones es interesante en grado sumo e instructiva, pero se requerirían muchas páginas para relatar su vida compleja y múltiple. Observaré, solamente, que gracias a las Uniones hanseáticas y a las ligas de las ciudades italianas, las ciudades de la Edad Media hicieron más por el desarrollo de las relaciones internacionales, de la navegación marítima y de los descubrimientos marítimos, que todos los Estados de los primeros diecisiete siglos de nuestra era.

Resumiendo lo dicho, las ligas y las uniones entre pequeñas unidades territoriales, lo mismo que entre los hombres que se unían con fines comunes en sus gremios correspondientes, y también las federaciones entre las ciudades y grupos de ciudades, constituyó la esencia misma de la vida y del pensa-

267 Luchaire, pág. 149.

268 Dos ciudades tan importantes como Mainz y Worms resolvieron un conflicto político surgido entre ellas con ayuda de mediadores. Exactamente lo mismo, después de una guerra civil que estalló en Abb-ville, Amiens actuó en el año 1231 en calidad de mediador (Luchaire, 149) etc.

269 Véase, por ejemplo, W. Stieda, *Hanseische Vereinbarungen*, I. c., 114.

miento de todo este período. Los primeros cinco siglos del segundo milenio de nuestra era (hasta el XVI) pueden ser considerados, de tal modo, una colosal tentativa de asegurar la ayuda mutua y el apoyo mutuo en gran escala, sobre los principios de la unión y de la colaboración, llevados a través de todas las manifestaciones de la vida humana, y en todos los grados posibles. Este intento fué coronado por el éxito en grado considerable. Unió a los hombres, antes divididos, les aseguró una libertad considerable, decuplicó sus fuerzas. En aquella época en que multitud de todas clases de influencias creaban en los hombres la tendencia a aislarse de los otros en su célula, y existía tal abundancia de causas de discordia, es consolador ver y observar que las ciudades diseminadas por toda Europa tuvieron tanto en común y que con tal presteza se unieron para la persecución de tan numerosos objetivos comunes. Verdad es que, al final de cuentas, no resistieron ante enemigos poderosos. Practicaban ampliamente todos los principios de ayuda mutua, pero, sin embargo, separándose de los campesinos labradores, aplicaron estos principios a la vida de una manera que no fué suficientemente amplia, y privadas del apoyo de los campesinos las ciudades no pudieron resis-

tir la violencia de los reinos e imperios nacientes. Pero no pecaron debido a la enemistad recíproca, y sus errores no fueron la consecuencia del desarrollo insuficiente del espíritu federativo entre ellos.

La nueva dirección tomada por la vida humana en la ciudad de la Edad Media tuvo enormes consecuencias en el desarrollo de toda la civilización. A comienzos del siglo XI, las ciudades de Europa constituían solamente pequeños grupos de miserables chozas, que se refugiaban alrededor de iglesias bajas y deformes, cuyos constructores apenas si sabían trazar un arco. Los oficios, que se reducían principalmente a la tejeduría y a la forja, se hallaban en estado embrionario; la ciencia encontraba refugio sólo en algunos monasterios. Pero trescientos cincuenta años más tarde el aspecto mismo de Europa cambió por completo. La tierra estaba ya sembrada de ricas ciudades, y estas ciudades hallábanse rodeadas por muros dilatados y espesos que se hallaban adornados por torres y puertas ostentosas, cada una de las cuales constituía una obra de arte. Catedrales concebidas en estilo grandioso, y cubiertas por numerosos ornamentos decorativos, elevaban a las nubes sus altos campanarios y en su arquitectura

se manifestaba tal audacia de imaginación y tal pureza de forma, que varamente nos esforzamos en alcanzar en la época presente. Los oficios y las artes se elevaron a tal perfección que aun ahora apenas podemos decir que las hemos superado en mucho, si no colocamos la velocidad de la fabricación por encima del talento inventivo del trabajador y de la terminación de su trabajo. Las naves de las ciudades libres surcaban en todas direcciones el mar Mediterráneo norte y sur; un esfuerzo más y cruzarían el océano. En vastas extensiones, el bienestar ocupó el lugar de la miseria anterior; se desarrolló y se extendió la educación.

Junto con esto se elaboró el método científico de investigación —positivo y natural en lugar de la escolástica anterior— y fueron establecidas las bases de la mecánica y de las ciencias físicas. Más aun; estaban preparados todos aquellos inventos mecánicos de que tanto se enorgullece el siglo XIX. Tales fueron los cambios mágicos que se habían producido en Europa en menos de cuatrocientos años. Y

las pérdidas sufridas por Europa cuando cayeron sus ciudades libres, pueden ser plenamente apreciadas, si se compara el siglo diecisiete con el catorce o hasta con el trece. En el siglo dieciocho desapareció el bienestar que distinguía a Escocia, Alemania, las llanuras de Italia. Los caminos decayeron, las ciudades se despoblaron, el trabajo libre se convirtió en esclavitud, las artes se marchitaron, y hasta el comercio decayó (270).

Si tras las ciudades medioevales no hubiera quedado monumento escrito alguno, por los cuales se pudiera juzgar el esplendor de su vida, si hubieran quedado tras ellas solamente los monumentos de su arte arquitectónico, que hallamos dispersos por toda Europa, de Escocia a Italia, y de Gerona, en España, hasta Breslau en el territorio eslavo, aun entonces podríamos decir que la época de las ciudades independientes fué la del máximo florecimiento del intelecto humano durante todos los siglos del cristianismo, hasta el fin del siglo XVIII. Mirando, por ejemplo, el cuadro medioeval que representa Nurenberg con sus

270 Véase Cosmo Innes, *Early Scottish History*, y *Scotland in Middle Ages*; cit. por Rev. Denton, l. c., pág. 8, 69; *Lamprecht Deutsches wirthschaftliche Leben in Mittelalter*, examinado por Schmoller en su *Jahrbuch*, t. XII; Sismondi, *Tableau de l'agriculture toscane*, pág. 226 y siguientes. Los dominios de la Florencia libre podían reconocerse en seguida por su prosperidad.

decenas de torres y elevados campanarios que llevaban en sí cada una el sello del arte creador libre, apenas podemos imaginar que sólo trescientos años antes Nurenberg era únicamente un montón de chozas miserables.

Lo mismo con respecto a todas las ciudades libres de la Edad Media, sin excepción. Y nuestro asombro aumenta a medida que observamos en detalle la arquitectura y los ornatos de cada una de las innumerables iglesias, campanarios, puertas de las ciudades y casas consistoriales, diseminados por toda Europa, empezando por Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e Italia, y llegando, en el Este, hasta Bohemia y hasta las ciudades de la Galitzia polaca, ahora muertas. No solamente Italia —madre del arte—, sino toda Europa, estaba repleta de semejantes monumentos. Es extraordinariamente significativo, además, el hecho de que todas las

artes, la arquitectura —arte social por excelencia— alcanzara en esta época el más elevado desarrollo. Y realmente, tal desarrollo de la arquitectura fué posible sólo como resultado de la sociabilidad altamente desarrollada en la vida de entonces.

La arquitectura medioeval alcanzó tal grandeza no sólo porque era el desarrollo natural de un oficio artístico, como insistió sobre esto justamente Ruskin; no solamente porque cada edificio y cada ornato arquitectónico fueron concebidos por hombres que conocían por la experiencia de sus propias manos cuáles efectos artísticos pueden producir la piedra, el hierro, el bronce o simplemente las vigas y el cemento mezclado con guijarros; no sólo porque cada monumento era el resultado de la experiencia colectiva reunida, acumulada en cada arte u oficio, la arquitectura medieval era grande porque era la expresión de una gran idea (271). Como

271 John Ennett (*Six essays*, Londres, 1891) escribió algunas páginas excelentes sobre este aspecto de la arquitectura medioeval. Willis, en su apéndice a *History of Inductive Sciences*, de Whewell (I, 261-262) señaló la belleza de las relaciones mecánicas en la construcción medioeval. "Maduró —dice— una construcción decorativa nueva que no contradecía y que no controlaba la construcción mecánica, sino que cooperaba y armonizaba con ella. Cada parte, cada moldura, se convierte en soporte del peso, y gracias al aumento del número de soportes que se apoyan mutuamente, y la correspondiente distribución del peso, el ojo se deleita con la solidez de la estructura, no obstante la fragilidad aparente de las finas partes separadas". Es difícil ca-

el arte griego, surgió de la concepción de la fraternidad y unidad alentadas por la ciudad. Poseía una audacia que pudo ser lograda sólo merced a la lucha atrevida de las ciudades contra sus opresores y vencedores; respiraba energía, porque toda la vida de la ciudad estaba impregnada de energía. La catedral o la casa consistorial de la ciudad encarnaba, simbolizaba, el organismo en el cual cada albañil y picapedrero eran constructores. El edificio medieval nunca constituía el diseño de un individuo, para cuya realización trabajaban miles de esclavos, desahucando un trabajo determinado por una idea ajena; toda la ciudad tomaba parte en su construcción. El alto campanario era parte de un gran edificio, en el que palpitaba la vida de la ciudad; no estaba colocado sobre una plataforma que no tenía sentido, como la torre Eiffel de París; no era una construcción falsa, de piedra, erigida con objeto de ocultar la fealdad de la armazón de hierro que le servía de base, como fué hecho recientemente en el Tower Bridge, Londres. Como la Acrópolis de Atenas, la catedral de la ciudad medieval tenía por ob-

jeto glorificar las grandezas de la ciudad victoriosa; encarnaba y espiritualizaba la unión de los oficios; era la expresión del sentimiento de cada ciudadano, que se enorgullecía de su ciudad, puesto que era su propia creación. No raramente ocurría también que la ciudad, habiendo realizado con éxito la segunda revolución de los oficios menores, comenzaba a construir una nueva catedral con objeto de expresar la unión nueva, más profunda y más amplia, que había aparecido en su vida.

Las catedrales y casas consistoriales de la Edad Media tienen un rasgo asombroso más. Los recursos efectivos con que las ciudades empezaron sus grandes construcciones, solían ser, en la mayoría de los casos, desproporcionadamente reducidos. La catedral de Colonia, por ejemplo, fué iniciada con un desembolso anual de 500 marcos en total; una donación de 100 marcos se inscribió como dádiva importante (272); hasta cuando la obra se aproximaba a su fin, el gasto anual apenas alcanzaba a 5.000 marcos y nunca sobrepasó los 14.000. La catedral de Basilea fué construí-

caracterizar mejor el arte surgido de la vida social de una ciudad.
272 Dr. L. E. Hen, *Der Dom zu Köln seine Construction und Ausstattung*, Colonia, 1871. Obra muy instructiva. Una obra igual, muy interesante, existe también sobre la catedral de Basilea.

da con los mismos insignificantes médios. Pero cada corporación ofrendaba para su monumento común su parte de piedra, de trabajo y de genio decorativo. Cada gilda expresaba en ese monumento sus opiniones políticas, refiriendo, en la piedra o el bronce, la historia de la ciudad, glorificando los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad (273), ensalzando a los aliados de la ciudad y condenando al fuego eterno a sus enemigos. Y cada gilda expresaba su amor al monumento común ornándolo ricamente con ventanas y vitrales, pinturas, "con puertas de iglesia dignas de ser las puertas del cielo" —según la expresión de Miguel Angel— o con ornatos de piedra en todos los más pequeños rincones de la construcción (274). Las pequeñas ciudades y hasta las más pequeñas parroquias (275) rivalizaban en este género de trabajos con las grandes ciudades, y

las catedrales de Laon o de Saint Ouen apenas ceden a la catedral de Reims, a la casa consistorial de Bremen o el campanario del Concejo popular de Breslau. "Ninguna obra debe ser comenzada por la comuna si no ha sido concebida en consonancia con el gran corazón de la comuna, formado por los corazones de todos sus ciudadanos, unidos en una sola voluntad común" —tales eran las palabras del Consejo de la ciudad en Florencia; y este espíritu se manifiesta en todas las obras comunales que están destinadas a la utilidad pública, como por ejemplo, en los canales, las terrazas, los plantíos de viñedos y frutales alrededor de Florencia, o en los canales de regadío que atravesaban las llanuras de Lombardía, en el puerto y en el acueducto de Génova, y, en suma, en todas las construcciones comunales que se emprendían en casi todas las ciudades (276).

273 Estas tres estatuas se hallan entre los ornamentos exteriores de la Catedral de Notre Dame de Paris junto con asombrosas "quimeras" e interesantes caricaturas escultóricas de monjes y monjas.

274 El arte medioeval, como el griego, no conocía esos establecimientos de antigüedades que llamamos "Galerías Nacionales" o "Museos". Se pintaba un cuadro, se esculpía una estatua, se fundían los ornamentos de bronce para colocarlos en el lugar apropiado de un monumento de arte comunal. La obra de arte vivía allí; era una parte de un conjunto, daba unidad a la impresión producida por el todo.

275 Véase J. Ennett, *Second Essay*, pág. 361.

276 Sismondi, IV, 172; XVI, 356. El gran canal "Naviglio grande" que proveía agua del Tessino, fué comenzado en el año 1178,

Todas las artes tenían el mismo éxito en las ciudades medievales, y nuestras adquisiciones actuales en este campo, en la mayoría de los casos, no son nada más que la prolongación de lo que había crecido entonces. El bienestar de las ciudades flamencas se fundaba en la fabricación de los finos tejidos de lana. Florencia, a comienzos del siglo XIV, hasta la epidemia de la "muerte negra", fabricaba de 70.000 a 100.000 piezas de lana, que se avaluaban en 1.200.000 florines oro (277). El cincelado de metales preciosos, el arte de la fundición, la forja artística del hierro, fueron creación de las gildas medioevales (misterios), que alcanzaron en sus respectivos dominios todo cuanto se podía lograr mediante el trabajo manual, sin recurrir a la ayuda de un motor mecánico poderoso; por medio del trabajo manual y la inventiva, pues, sirviéndose de las palabras de Whewell, "re-

cibimos el pergamino y el papel, la imprenta y el grabado, el vidrio perfeccionado y el acero, la pólvora, el reloj, el telescopio, la brújula marítima, el calendario reformado, el sistema decimal, el álgebra, la trigonometría, la química, el contrapunto (descubrimiento que equivale a una nueva creación de la música): hemos heredado todo esto de aquella época que tan despreciativamente llamamos "período de estancamiento" (278).

Verdad es que, como observó Whewell, ninguno de estos descubrimientos introdujo un principio nuevo; pero la ciencia medioeval alcanzó algo más que el descubrimiento real de nuevos principios. Preparó el descubrimiento de todos aquellos nuevos principios que conocemos actualmente en el dominio de las ciencias mecánicas: enseñó al investigador a observar los hechos y extraer conclusiones. Entonces

es decir después de la conquista de la independencia y fué concluido en el siglo XIII. Sobre la decadencia siguiente véase el mismo Sismondi, XVI, 355.

277 En el año 1336, en las escuelas florentinas primarias estudiaban de 8 a 10.000 niños y niñas; de 1.000 a 1.200 niños estudiaban, en siete escuelas secundarias y de 550 a 600 estudiaban en cuatro universidades. En sus treinta hospitales había más de 1.000 camas, para una población de 90.000 hombres (Capponi, II, 219 y siguientes). Investigadores autorizados han demostrado más de una vez que, hablando en general, la educación ocupaba en aquella época un nivel más elevado de lo que generalmente se suponía. Tal observación, sin duda alguna, es justa por ejemplo con respecto a la democrática Nuremberg.

278 Whewell, *History of Inductive Sciences*, t. I, pág. 252.

se creó la ciencia inductiva, y a pesar de que no había captado aún plenamente el sentido y la fuerza de la inducción, echó las bases tanto de la mecánica como de la física. Francis Bacon, Galileo y Copérnico, fueron descendientes directos de Roger Bacon y Miguel Scott, como la máquina de vapor fué el producto directo de las investigaciones sobre la presión atmosférica realizadas en las universidades italianas y de educación matemática y técnica que distinguían a Nuremberg.

Pero, ¿es necesario, en verdad, extenderse y demostrar el progreso de las ciencias y de las artes en las ciudades de la Edad Media? ¿No basta mencionar simplemente las catedrales, en el campo de las artes, y la lengua italiana y el poema de Dante, en el dominio del pensamiento, para dar en seguida la medida de lo que creó la ciudad medioeval durante los cuatro siglos de su existencia?

No cabe duda alguna de que las ciudades medioevales prestaron un servicio inmenso a la civilización europea. Impidieron que Europa cayera en los estados teocráticos y despóticos que se crearon en la antigüedad en Asia; diéronle variedad de manifestaciones vivientes, seguridad en sí misma; fuerza de inicia-

tiva y aquella enorme energía intelectual y moral que posee ahora y que es la mejor garantía de que la civilización europea podrá rechazar toda nueva invasión de Oriente.

Pero, ¿por qué estos centros de civilización que trataron de hallar respuestas a las exigencias de la naturaleza humana y que se distinguieron por tal plenitud de vida, no pudieron prolongar su existencia? ¿Por qué en el siglo XVI fueron atacadas de debilidad senil, y por qué después de haber rechazado tantas invasiones exteriores y de haber sabido extraer una nueva energía aun de sus discordias interiores, estas ciudades, al final de cuentas, cayeron víctimas de los ataques exteriores y de las disensiones intestinas?

Diferentes causas provocaron esta caída, algunas de las cuales tuvieron su raíz en el pasado lejano, mientras que las otras fueron el resultado de errores cometidos por las ciudades mismas. El impulso en este sentido fué dado primeramente por las tres invasiones de Europa: la mogol a Rusia, en el siglo XIII, la turca a la península balcánica y a los eslavos del Este, en el siglo XV, y la invasión de los moros a España y Sur de Francia desde el siglo IX hasta el XII. Detener estas invasiones

fué muy difícil; y se consiguió arrojar a los mogoles, turcos y moros, que se habían afirmado en diferentes lugares de Europa, solamente cuando en España y Francia, Austria y Polonia, en Ucrania y en Rusia, los pequeños y débiles kayzán, condes, príncipes, etc., sometidos por los más fuertes de ellos, comenzaron a formar estados capaces de mover ejércitos numerosos contra los conquistadores orientales.

De tal modo, a fines del siglo XV, en Europa comenzó a surgir una serie de pequeños estados, formados según el modelo romano antiguo. En cada país y en cada dominio, cualquiera de los señores feudales que fuera más astuto que los otros, más inclinado a la codicia y a menudo menos escrupuloso que su vecino, lograba adquirir en propiedad personal patrimonios más ricos, con mayor cantidad de campesinos, y también reunir en torno de sí mayor cantidad de caballeros y mesnaderos y acumular más dinero en sus arcas. Un barón, rey o kayzán, generalmente escogía como residencia, no una ciudad administrada por el consejo popular, sino un grupo de aldeas, de posición geográfica ventajosa, que no se habían familiarizado aún con la vida libre de la ciudad; París,

Madrid, Moscú, que se convirtieron en centros de grandes Estados: se hallaban justamente en tales condiciones; y con ayuda del trabajo servil se creó aquí la ciudad real fortificada, a la cual atraía, mediante una distribución generosa de aldeas "para alimentarse", a los compañeros de hazañas, y también a los comerciantes que gozaban de la protección que él ofrecía al comercio.

Así se crearon, mientras se hallaban aún en condición embrionaria, los futuros estados, que comenzaron gradualmente a absorber a otros centros iguales. Los jurisconsultos, educados en el estudio del derecho romano, afluyen de buen grado a tales ciudades; una raza de hombres, tenaz y ambiciosa, surgida de entre los burgueses y que odiaba por igual la altivez de los feudales y la manifestación de lo que llamaban iniquidad de los campesinos. Ya las formas mismas de la comuna aldeana, desconocidas en sus códigos, los mismos principios del federalismo, les eran odiosos, como herencia de los bárbaros. Su ideal era el cesarismo, apoyado por la ficción del consenso popular y —especialmente— por la fuerza de las armas; y trabajaban celosamente para aquellos en quienes confiaban para la

realización de este ideal (279).

La iglesia cristiana, que antes se había rebelado contra el derecho romano y que ahora se había convertido en su aliada, trabajaba en el mismo sentido. Puesto que la tentativa de formar un imperio teocrático en Europa, bajo la supremacía del Papa, no fué coronada por el éxito, los obispos más inteligentes y ambiciosos comenzaron a ofrecer entonces apoyo a los que consideraban capaces de reconstituir el poder de los reyes de Israel y el de los emperadores de Constantinopla. La iglesia investía los gobernantes que surgían, con su santidad; los coronaba como representantes de Dios sobre la tierra; ponía a su servicio la erudición y el talento de estadista de sus servidores; les traía sus bendiciones y sus maldiciones, sus riquezas y la simpatía que ella conservaba entre los pobres. Los campesinos, a los cuales las ciudades no pudieron o no quisieron liberar, viendo a los burgueses impotentes para poner fin a las guerras interminables entre los caballe-

ros —por las cuales los campesinos hubieron de pagar tan caro— depositaron entonces sus esperanzas en el rey, el emperador, el gran knyaz; y ayudándoles a destruir el poder de los señores feudales, al mismo tiempo les ayudaron a establecer el Estado centralizado. Por último, las guerras que tuvieron que sostener durante dos siglos contra los mogoles y los turcos, y la guerra santa contra los moros en España, y del mismo modo también aquellas guerras terribles que pronto comenzaron dentro de cada pueblo entre los centros crecientes de soberanía: He de Francia y Borgogne, Escocia e Inglaterra, Inglaterra y Francia, Lituania y Polonia, Moscú y Tver, etc., condujeron, finalmente, a lo mismo. Surgieron estados poderosos y las ciudades tuvieron que entablar lucha no sólo con las federaciones, débilmente unidas entre sí, de los barones feudales o knyaziá, sino con centros fuertemente organizados que tenían a su disposición ejércitos enteros de siervos.

Lo peor de todo era, sin em-

279 Véanse las excelentes consideraciones sobre la esencia del derecho romano hechas por L. Ranke en su *Weltgeschichte*, t. IV, parte 2, pág. 20-31; y también las observaciones de Sismondi sobre el papel de los legistas en el desarrollo del poder real (*Histoire des Français*, Paris (1826, VIII, 55-99). El odio popular contra esos *Wise Doktoren und Beutelschneider des Volks* se expresó con todo vigor en el siglo XVI, en los sermones del movimiento primitivo de la Reforma.

bargo, que los centros crecientes de la monarquía hallaron apoyo en las disensiones que surgían dentro de las ciudades mismas. Una gran idea, sin duda, constituía la base de la ciudad medioeval, pero fué comprendida con insuficiente amplitud. La ayuda y el apoyo mutuo no pueden ser limitados por las fronteras de una asociación pequeña; deben extenderse a todo lo circundante, de lo contrario lo circundante absorbe a la asociación; y en este respecto, el ciudadano medioeval, desde el principio mismo, cometió un error enorme. En lugar de considerar a los campesinos y artesanos que se reunían bajo la protección de sus muros, como colaboradores que podían aportar su parte en la obra de creación de la ciudad —lo que han hecho en realidad—, "las familias" de los viejos burgueses se apresuraron a separarse netamente de los nuevos inmigrantes. A los primeros, es decir a los fundadores de la ciudad, se les dejaba todos los beneficios del comercio comunal de ella, y el usufructo de sus tierras, y a los segundos no se les dejaba más que el derecho de manifestar libremente la habilidad de sus manos. La ciudad, de tal modo, se

dividió en "burgueses" o "comuneros" y en "residentes" o "habitantes" (280). El comercio, que tenía antes carácter comunal, se convirtió ahora en privilegio de las familias de los comerciantes y artesanos; de la guilda mercantil y de algunas guildas de los llamados "viejos oficios"; y el paso siguiente —la transición al comercio personal o a los privilegios de las compañías capitalistas opresoras —de los trusts— se hizo inevitable.

La misma división surgió también entre la ciudad, en el sentido propio de la palabra, y las aldeas que la rodeaban. Las comunas medievales trataron, pues, de liberar a los campesinos; pero, sus guerras contra los feudales, poco a poco, se convirtieron, como se ha dicho antes, más bien en guerras por liberar la ciudad misma del poder de los feudales que por liberar a los campesinos. Entonces las ciudades dejaron a los feudales sus derechos sobre los campesinos, con la condición de que no causarían más daño a la ciudad y se hicieron "conciudadanos". Pero la nobleza "adoptada" por la ciudad, y que había trasladado su residencia al interior del recinto de la ciudad, introdujo sus

280 Brentano apreció plenamente los efectos desastrosos de la lucha entre los "viejos burgueses y los forasteros"; Miaskovsky, en su obra sobre las comunas rurales suizas, señaló el mismo fenómeno en la historia de las comunas aldeanas.

viejas guerras familiares en los límites de ella. No se conformaba con la idea de que los nobles debían someterse al tribunal de simples artesanos y comerciantes, y continuó librando en las calles de las ciudades sus viejas guerras tribales por venganza de sangre. En cada ciudad existían sus *Colonnas* y *Orsinis*, sus *Montecos* y *Capuletos*, sus *Overstolzes* y *Wises*. Extrayendo mayores rentas de las posesiones que consiguieron conservar, los señores feudales se rodearon de numerosos clientes e introdujeron hábitos y costumbres feudales en la vida de la ciudad misma. Cuando en las ciudades comenzó a surgir el descontento entre las clases artesanas contra las viejas guildas y familias, los feudales comenzaron a ofrecer a ambas partes sus espadas y sus numerosos servidores para resolver, por medio de la guerra, los conflictos que surgían, en lugar de dar al descontento una salida pacífica valiéndose de los medios que hasta entonces había hallado siempre, sin recurrir a las armas.

El error más grande y más fatal cometido por la mayoría de las ciudades fué también el basar sus riquezas en el comercio y la industria, junto con un trato despectivo hacia la agricultura. De tal modo, repitieron el error cometido ya una vez por las ciudades de la antigua Grecia y debido al cual cayeron en los mismos crímenes (231). Pero, el distanciamiento entre las ciudades y la tierra las arrastró necesariamente a una política hostil hacia las clases agrícolas, que se hizo especialmente visible en Inglaterra durante Eduardo III (232), en Francia durante las jacqueries (las grandes rebeliones campesinas), en Bohemia, en las guerras hussitas y en Alemania durante la guerra de los campesinos del siglo XVI.

Por otra parte, la política comercial arrastró también a las autoridades populares urbanas a empresas lejanas, y desarrolló la pasión por enriquecerse con las colonias. Surgieron las colonias fundadas por las repúblicas italianas, en el sureste, en Asia Menor y a orillas del Mar

231 El comercio de esclavos apresados en Oriente se prolongó sin interrupción en las repúblicas italianas hasta el siglo XV. Véase Cibrario *Della schiavitù o del servaggio*, 2 tomos, Milán, 1868; prof. Luchitsky. *La esclavitud y los esclavos rusos en Florencia, en los siglos XIV y XV, en las Memorias del año 1885, de la Universidad de Kief.*

232 J. R. Green, *History of the English People*, Londres, 1878, I, 455.

Negro, por los alemanes en el Este, en tierras eslavas, y por los eslavos, es decir por Novgorod y Pskof, en el lejano noreste. Entonces fué necesario mantener ejércitos de mercenarios para las guerras coloniales, y luego esos mercenarios fueron utilizados también para oprimir a los mismos burgueses. Merced a esto, ciudades enteras comenzaron a concertar empréstitos en tales proporciones, que pronto tuvieron una influencia profundamente desmoralizadora sobre los ciudadanos; las ciudades se convirtieron en tributarias y no raramente en instrumentos obedientes en manos de algunos de sus capitalistas. Asumir el poder fué cosa muy ventajosa y las disensiones internas se desarrollaron en mayores proporciones en cada elección, durante las cuales la política colonial desempeñaba un papel importante en interés de unas pocas familias. La división entre ricos y pobres, entre los hombres "mejores" y "peores", se extendió más y más, y en el siglo XVI el poder real halló en cada ciudad aliados y colaboradores dispuestos, a veces entre "las familias" que luchaban por el poder, y muy a menudo también entre los pobres, a quienes prometían apaciguar a los ricos.

Sin embargo, existía todavía una razón de la decadencia de

las instituciones comunales, que era más profunda que las restantes. La historia de las ciudades medioevales constituye uno de los ejemplos más asombrosos de la poderosa influencia de las ideas y de los principios fundamentales reconocidos por los nombres, sobre el destino de la humanidad. Del mismo modo nos enseña también que ante un cambio radical en las ideas dominantes de la sociedad, se producen resultados completamente nuevos que encauzan la vida en una nueva dirección. La fe en sus fuerzas y en el federalismo; el reconocimiento de la libertad y de la administración propia a cada grupo separado y, en general, la estructura del cuerpo político de lo simple a lo complejo, tales fueron los pensamientos dominantes del siglo XI. Pero desde aquella época, las concepciones sufrieron un cambio completo. Los eruditos jurisconsultos (legistas) que habían estudiado derecho romano y los prelados de la Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la idea —la antigua idea griega de la libertad y de la federación— que predominaba en la época de la liberación de las ciudades y existía primeramente en la fundación de estas repúblicas.

Durante dos o tres siglos, los

jurisconsultos y el clero comenzaron a enseñar desde el púlpito, desde la cátedra universitaria y en los tribunales, que la salvación de los hombres se encuentra en un estado fuertemente centralizado, sometido al poder semidivino de uno o de unos pocos (23); que un hombre puede y debe ser el salvador de la sociedad, y en nombre de la salvación pública puede realizar cualquier acto de violencia: quemar a los hombres en las hogueras, matarlos con muerte lenta en medio de torturas indescribibles, sumir provincias enteras en la miseria más abyecta. Y no escatimaron el dar lecciones visuales en gran escala, y con una crudeza inaudita se daban estas lecciones donde quiera que pudiese llegar la espada del rey o la hoguera de la Iglesia. Debido a estas lecciones y a los ejemplos correspondientes, constantemente repetidos e inculcados por la fuerza en la conciencia pública bajo el signo de la fe, del poder y de lo que se consideraba ciencia, la mente misma de los hombres comenzó a adquirir una nueva forma. Los ciudadanos comenzaron a encontrar que ningún poder puede ser desmedido, ningún asesinato lento demasiado cruel, cuando se trata de la "seguridad pública".

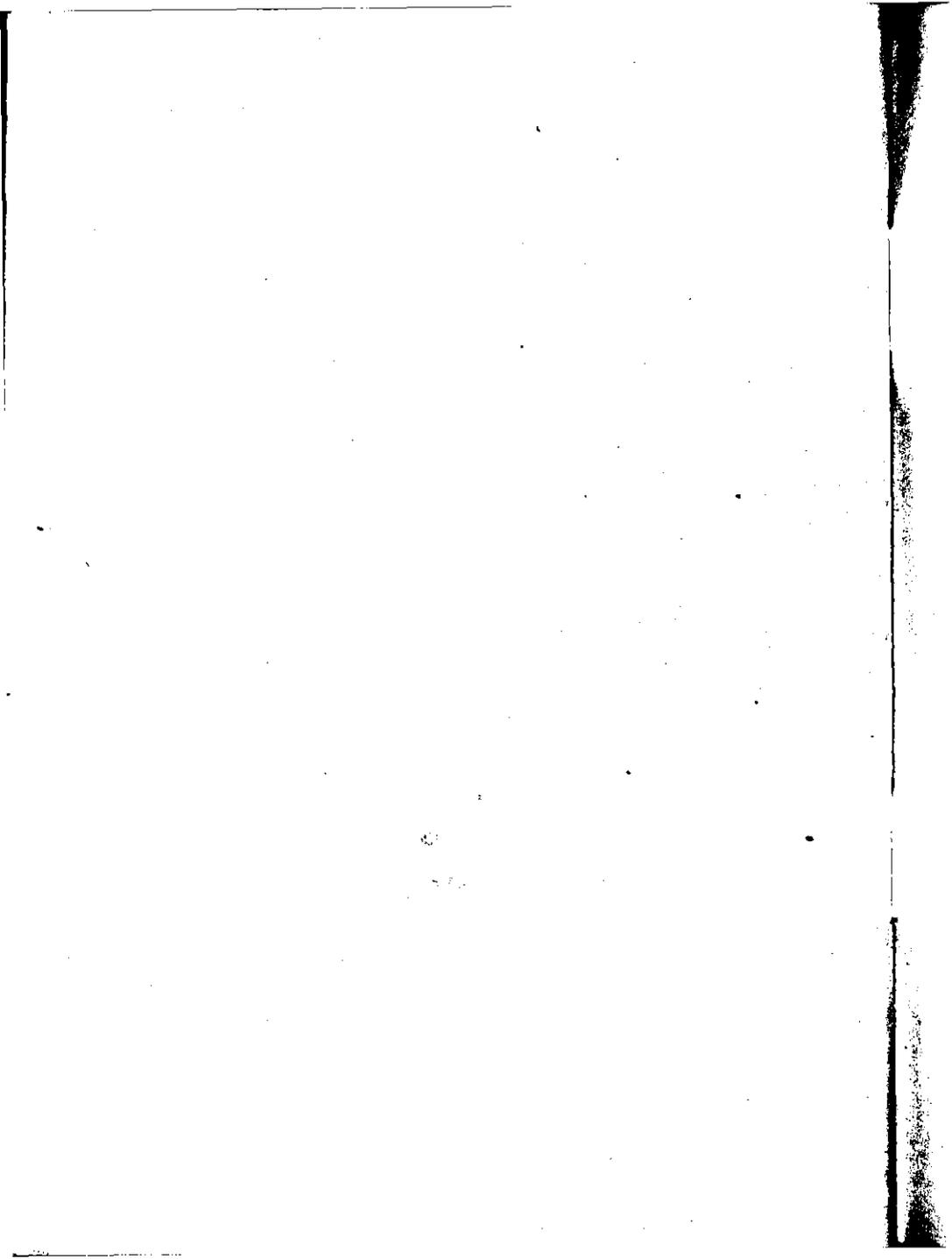
Y en esta nueva dirección de las mentes, y en esta nueva fe en la fuerza de un gobernante único, el antiguo principio federal perdió su fuerza, y junto con él murió también el genio creador de las masas. La idea romana venció y en tales circunstancias los estados militares centralizados hallaron en las ciudades una presa fácil.

La Florencia del siglo XV constituye el modelo típico de semejante cambio. Anteriormente, la revolución popular solía ser el comienzo de un progreso nuevo y más grande. Pero entonces, cuando el pueblo, reducido a la desesperación, se rebeló, ya no poseía el espíritu constructivo y creador, y el movimiento popular no produjo idea nueva alguna. En lugar de los anteriores cuatrocientos representantes ante el consejo popular se introdujeron en ella cien. Pero esta revolución en los números no condujo a nada. El descontento popular crecía y crecía, y siguió una serie de nuevas revueltas. Entonces se buscó la salvación en el "tirano", que recurrió a la masacre de los rebeldes, pero la desintegración del organismo comunal prosiguió. Y cuando, después de una nueva revuelta, el pueblo

233 Véase las teorías expuestas por los jurisconsultos de Bologna ya en el congreso de Roncaglia, en el año 1158.

florentino solicitó consejo a su favorito, Jerónimo Savonarola, el monje respondió: "Oh, pueblo mío, tú sabes que no puedo intervenir en los asuntos del estado... Purifica tu alma, y si en tal disposición de mente reformas la ciudad, entonces tú, pueblo de Florencia, debes comenzar la reforma de toda Italia". Se quemaron las máscaras que se ponían durante los paseos en carnaval y los libros tentadores; se promulgó una ley de ayuda a los pobres y otra dirigida contra los usureros, pero la democracia de Florencia quedó donde estaba. El antiguo espíritu creador había desaparecido. Debido a la excesiva confianza en el gobierno, los florentinos cesaron de confiar en sí mismos; y demostraron ser impotentes para renovar su vida. El estado no tuvo más que avanzar y destruir sus últimas libertades. Y así lo hizo.

Y sin embargo la corriente de ayuda y apoyo mutuo no se apagó en las masas, y continuó fluyendo aún después de esta derrota de las ciudades libres. Pronto surgió de nuevo con fuerza poderosa en respuesta al llamado libertario de los primeros propagandistas de la Reforma, y siguió viviendo aún después de que las masas, que habían sufrido de nuevo el fracaso en su tentativa de construir una nueva vida, inspirada por una religión reformada, cayeron bajo el poder de la monarquía. Fluye hoy todavía y busca los caminos para una nueva expresión que no será ya el estado, ni la ciudad medioeval, ni la comuna aldeana de los bárbaros, ni la organización tribal de los salvajes, sino que, procediendo de todas estas formas, será más perfecta que ellas, por su profundidad y por la amplitud de sus principios humanos.



Próximo Cuadernillo INQUIETUD N.º 21

Colección: *SOCIOLOGICA*

EL APOYO MUTUO

CAPITULO VII

LA AYUDA MUTUA EN LA SOCIEDAD MODERNA

Las revueltas populares al principio del período estatal.— Las instituciones de ayuda mutua en el presente.— La comuna aldeana: su lucha contra el Estado que trata de destruirla.— Hábitos conservados desde el período de la comuna aldeana y mantenidos en las aldeas hasta el presente.— Suiza, Francia, Alemania, Rusia.

CUADERNILLOS «INQUIETUD»

de Difusión Cultural



NUMEROS PUBLICADOS:

COLECCION LITERARIA

- Nº 1 - Páginas Escogidas - Rafael Barret
Primera Edición - (agotada)
Segunda " "
- Nº 4 - Fuego Poético - León Felipe (Selección)
Primera Edición
- Nº 7 - Manos de Luz - Rodolfo González Pacheco
Primera Edición

COLECCION CIENTIFICA

- Nº 2 - Lo que debe saber toda joven - Dra. Mary Wood
Primera Edición
- Nº 5 - El Problema Sexual - Dr. G. Hardy
Primera Edición
- Nº 8 - Medicina Sexual - Dr. W. Herlich
Primera Edición

COLECCION SOCIOLOGICA

- Nº 3 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Primer
Capítulo)
Primera Edición
 - Nº 6 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Segundo
Capítulo)
Primera Edición
 - Nº 9 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Tercer
Capítulo)
Primera Edición
 - Nº 12 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Cuarto
Capítulo)
Primera Edición
 - Nº 15 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Quinto
Capítulo)
Primera Edición
-

